

acción política preciso: la construcción de la España nacionalsindicalista.

El último apartado del libro explora la cuestión de la masculinidad y la nación más allá de la década de los treinta. Elena Díaz Silva estudia el intento de recuperar una masculinidad en crisis por parte de los republicanos españoles exiliados en México. Claudio Castro Filho, por su parte, analiza algunas obras de teatro del tardofranquismo donde rol de la poética del deseo y el tema femenino fueron recurrentes. La dictadura franquista fue incapaz de acabar con esa supuesta crisis de la masculinidad patria de la que hablaba Ortega ni dentro ni fuera de España.

¿*La España invertebrada*? es una contribución fundamental a la literatura académica sobre masculinidades y nación. Es cierto que, en ocasiones, la crisis española podía haber sido contextualizada algo más en el marco europeo. Al fin y al cabo la doble crisis española, de masculinidad y nacional, fue un capítulo de una redefinición generalizada de la patria y el género en la Europa de entreguerras. También es verdad que, quizás, se echa en falta en el libro alguna mención a las masculinidades de los soldados mutilados y veteranos de guerra – un campo que se ha desarrollado bastante en la historiografía reciente. Pero pese a estas pequeñas ausencias, no cabe duda de que ¿*La España invertebrada*? va a convertirse en un libro de referencia en los estudios sobre masculinidad y nación. En la España de 2018, la idea de que tanto las identidades de género como las nacionales son construcciones históricas que mutan con el tiempo debiera ser una potente vacuna contra los amantes de las divisiones biológicas, de las patrias eternas, y del 'esto siempre ha sido así'.

Alejandro Quiroga
(Newcastle University)

Javier Muñoz Soro y Emanuele Treglia (eds.), *Patria, pan... amore e fantasia. La España franquista y sus relaciones con Italia (1945-1975)*, Comares, Granada, 2017, 255 pp.

Patria, pan... amore e fantasia. La España franquista y sus relaciones con Italia (1945-1975), coordinado por Javier Muñoz Soro y Emanuele Treglia, es de sumo interés principalmente por dos razones. En primer lugar, porque recoge el intenso intercambio historiográfico existente, desde hace un cuarto de siglo, entre Italia y España. Se trata de un intercambio de profesores, investigadores y también estudiantes que ha permitido el nacimiento de un hispanismo historiográfico en el país transalpino –representado muy bien por la revista *Spagna Contemporanea*–, pero también el aumento del número de historiadores españoles que investigan las relaciones entre los dos países. En segundo lugar, porque nos propone desde un enfoque comparativo y transnacional un análisis de las relaciones entre la España franquista y la República italiana entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la muerte de Francisco Franco que va más allá de lo meramente descriptivo con el objetivo de “comprender los mecanismos que hicieron posible la coexistencia de dictaduras y democracias dentro del mismo bloque geopolítico en un contexto global, el de la Guerra Fría, que condicionó fuertemente las respectivas historias nacionales durante aquellos años” (p. XI).

Es cierto que en las últimas dos décadas se han publicado un número no desdeñable de estudios, tanto en formato de artículo como de capítulo de libro y también alguna monografía, centrados en las relaciones entre los dos países mediterráneos entre 1945 y 1975, pero faltaba aún un libro que ofreciese una visión panorámica y recogiese, ampliándolo, lo que diferentes

historiadores habían venido investigando en los últimos tiempos. *Patria, pan... amore e fantasia* se pone así en una línea de continuidad con dos volúmenes colectivos que hace más de una década se habían propuesto lo mismo para el estudio de la Italia fascista y la España franquista desde una perspectiva de historia comparada, como *Fascismo y franquismo. Cara a cara*, coordinado por Giuliana Di Febo, Emilio Gentile, Susana Sueiro y Javier Tusell, y *Nou Estat, nova política, nou ordre social. Feixisme i franquisme en perspectiva comparada*, coordinado por Giuliana Di Febo y Carme Molinero.

El libro publicado por la colección de Historia de la editorial granadina Comares se divide en cuatro partes. En la primera, que se presenta casi a modo de introducción y que se centra en los orígenes ideológicos, Ismael Saz propone un análisis comparada de la trayectoria histórica del nacionalismo y el fascismo en Italia y en España en el largo periodo, fijándose especialmente en tres momentos: el del surgimiento y evolución de las culturas nacionalistas, el de la fusión o integración de nacionalistas y fascistas y el de las dinámicas e interrelaciones de fascistas y nacionalistas en las dos dictaduras ya constituidas. Teniendo presente el desfase cronológico —la Associazione Nazionale Italiana (ANI) nace en 1910, mientras Acción Española en 1931; la fusión de la ANI con el Partito Nazionale Fascista se da en 1923, mientras que la unificación “desde arriba y desde fuera, por decreto e imposición de Franco” (p. 10) de FET y de las JONS en 1937—, Saz subraya las diferencias y las semejanzas existentes en los dos procesos, donde se hace evidente, más allá de las correlaciones de fuerzas existentes en los diferentes momentos, la “colaboración conflictiva” (p. 7) entre nacionalistas y fascistas, que tenían claramente en ambos países “dos proyectos políticos diferencia-

dos” (p. 15) aún compartiendo el objetivo de “la destrucción de la democracia” (p. 16). A este respecto, el autor pone de relieve las distintas concepciones que “unos y otros tenían del papel del partido único y otras instituciones en el régimen” (p. 13): pero, si para los nacionalistas, tanto los italianos como los españoles, el enemigo principal había sido siempre el partido o el Movimiento, la diferencia crucial se encuentra en que en el caso español “las pretensiones falangistas fueron siempre derrotadas aunque nunca lo fueran por completo” (p. 14), mientras que en Italia los fascistas ganaron el pulso a los Federzoni y a los Rocco, aunque estos se mantuvieron en posiciones de poder hasta la caída del régimen de Mussolini. Una segunda diferencia sustancial se debe, según el autor, a la cuestión monárquica: en Italia “había Monarquía a aceptar-erosionar por el fascismo; en España no había Monarquía y se fue ‘construyendo’ a pesar de los fascistas españoles” (p. 16). El análisis del peso relativo de fascistas y nacionalistas en los dos países lleva así Saz a afirmar que la italiana fue una “dictadura fascista”, mientras que la española fue una “dictadura nacionalista fascistizada” (p. 18).

La segunda parte del volumen se centra en las relaciones diplomáticas entre los dos países. Pablo del Hierro analiza el periodo comprendido entre la caída del régimen fascista en julio de 1943 y el nombramiento del nuevo embajador italiano en Madrid, Francesco Maria Taliani, en enero de 1951, que marca el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países. Más allá de la compleja coyuntura de 1943-1945, el autor subraya como ya en la inmediata posguerra se normalizaron las relaciones con la firma de un primer acuerdo comercial en enero de 1946. En los siguientes años de aislamiento político del régimen franquista, el presidente del

Gobierno italiano Alcide De Gasperi basaba su política exterior en “la leal adhesión a la política de los aliados respecto a España”, pero también en “la firmeza a la hora de defender los grandes intereses” de Roma en el país ibérico (p. 34), donde residían unos diez mil italianos. Así, Del Hierro afirma que las relaciones hispano-italianas se desarrollaron “en un clima más positivo y cordial de lo que la diferencia de régimen político podría hacer augurar” (p. 22), gracias también a la existencia de elementos con un pasado fascistas dentro de la diplomacia y las fuerzas armadas italianas.

Laura Branciforte se centra en los primeros años Cincuenta, cuando se registraron los primeros hitos de las relaciones bilaterales hispano-italianas. Unas relaciones preferentemente de tipo comercial y cultural, ya que las de tipo político no fueron “exteriorizadas por los cauces oficiales” (p. 54) y a menudo fueron rechazadas o desaprobadas por los gobiernos democristianos. Aquí pesó mucho la política interna de ambos países, pero también la influencia norteamericana, sobre todo en Italia. La bilateralidad en el ámbito comercial —donde jugaron un papel clave los medios económicos y financieros transalpinos muy interesados en fortalecerse en España— se restableció en marzo de 1952, mientras que en el ámbito cultural se tuvo que esperar al acuerdo firmado en 1955, aunque en los tres años anteriores se llevaron a cabo unos primeros experimentos —finalmente fallidos— de colaboración en la acción político-cultural a través del Mediterráneo, convertido “en una de las vías elegidas por España para conectar con Occidente” (p. 48).

En un análisis exhaustivo del periodo, comprendido entre mediados de los años cincuenta y la transición política española, Rosa Pardo Sanz subraya el notable prag-

matismo de la Italia democrática hacia la España franquista. Los gobiernos italianos, sostiene la autora, mantuvieron “una presión antifranquista permanente” por razones de coherencia política interna que se acentuó con la formación de los ejecutivos de centro-izquierda, pero, al mismo tiempo, “buscaron resguardar los numerosos intereses comunes tangibles en juego” y, consecuentemente, optaron “por la mínima relación política que les permitiera la mejor defensa de sus intereses” (p. 63). Del lado español, Pardo Sanz pone de manifiesto el cambio de estrategia empezado en 1964 con la llegada de Sánchez Bella a la embajada romana: “había que olvidarse de cualquier intervención en política interior, abandonar la esperanza de una influencia vaticana profranquista y centrarse en fomentar los lazos económicos, con una perspectiva tecnocrática, lo menos ideológica posible” (p. 87). Los avances no fueron desdeñables, aunque las relaciones políticas bilaterales no prosperaron tal y como hubiese querido el régimen franquista: tan sólo en marzo de 1973 el gobierno italiano —presidido por Giulio Andreotti— accedió a la visita oficial de un ministro de Asuntos Exteriores, López Bravo, 33 años después de la anterior, aún en época fascista, con Serrano Suñer en el Palacio de Santa Cruz.

En la tercera parte del volumen se abordan temas relacionados con la cultura, el arte y la sociedad. Por un lado, Rubén Domínguez Méndez analiza la política y la diplomacia cultural italianas hacia la España franquista. El autor muestra como a partir de 1945 el nuevo gobierno democrático italiano tuvo que reducir costes y cerrar muchas sedes del Istituto Italiano di Cultura abiertas tras la Guerra Civil, excepto las de Madrid y Barcelona, centrando su atención “en atender los intereses de la comunidad italiana residente en España” (p.

99). Sin embargo, a partir de principios de los años Cincuenta, y con la firma de diferentes acuerdos, como el cinematográfico de coproducción hispano-italiano de 1956 o el de cooperación científica y técnica de 1969, la diplomacia cultural fue clave en el acercamiento entre ambos países “ante la incapacidad de llegar a un firme entendimiento político” (p. 101).

Por otro lado, Giulia Quaggio desentraña las intensas relaciones culturales entre los dos países a través de la Bienal de Venecia entre los años 1950 y 1976, poniendo de relieve tanto la importancia que para España representó “una vía hacia Europa, la de Italia” como la influencia italiana en la “gestión del arte como un elemento de poder suave” (pp. 136-137). En los Cincuenta, y sobre todo en la edición de la Bienal de 1958, España supo aprovechar una generación de nuevos artistas, como Chillida o Tàpies, para conseguir un reconocimiento en un contexto en que el informalismo abstracto era hegemónico y podía ser interpretado “sin entrar en contradicción con los principios del nacional-catolicismo franquista y la españolidad” (p. 122). En los años sesenta, explica la autora, se dio un notable acercamiento entre los mundos artísticos de ambos países, pero fuera de los cauces oficiales, y conectado sobre todo con el compromiso político y la oposición al franquismo, donde jugaron un papel clave intelectuales como Calvino, Vittorini, Carlo Argan o Alberti. Quaggio se detiene también en la polémica edición de la Bienal de 1976, ya con Carlo Ripa di Meana como presidente, dedicada a la vanguardia artística y la realidad social en la España de los anteriores cuarenta años, interpretada como “el clímax de esta relación

en la que arte y política iban cogidas de la mano” (p. 137).

Finalmente, Michelangela Di Giacomo analiza el fenómeno de las migraciones internas y el movimiento obrero en los dos países en los años Sesenta, a partir de los casos de las ciudades de Barcelona y Turín, centrándose especialmente en “la relación que se instauró entre la ampliación de la participación sindical, política y social y las transformaciones de la composición de la clase obrera provocadas por el desplazamiento de población dentro del territorio nacional” (p. 143). La autora, que considera 1962 como un año bisagra en los dos países, subraya las similitudes y diferencias existentes entre las actitudes del PCI y la CGIL y el PSUC y CCOO: entre los puntos en común, destaca principalmente “la constante preocupación para evitar que los orígenes regionales produjeran divisiones en el seno de la clase obrera” (p. 159).

La cuarta y última parte del libro está dedicada a las redes políticas en el tardo-franquismo. Emanuele Treglia presenta los rasgos principales de la solidaridad italiana con el antifranquismo que fue protagonista de la denuncia internacional de la dictadura de Franco en su última etapa y que ofreció apoyo a las fuerzas de la oposición en el exterior. A partir de 1962-1963 —huelgas en Asturias, “contubernio de Múnich”, condenas a muerte de Conill, Grimau, Grana-do y Delgado— se pusieron en marcha “un amplio y variado abanico de actividades que proporcionó a la causa democrática española notables recursos políticos, morales y materiales” (p. 164): una labor que se realizó en estrecho contacto con los grupos antifranquistas españoles del interior y del exterior y en la cual jugaron un rol crucial los partidos y sindicatos comunistas, sin olvidar las organizaciones socialistas y católicas. El autor recuerda así las principa-

les iniciativas que se llevaron a cabo —manifestaciones multitudinarias, paros, boicots, creación de comités y asociaciones, organización de exposiciones, espectáculos y congresos—, además de las cuantiosas ayudas económicas que entregaron a los partidos del antifranquismo los partidos políticos italianos, en especial el PCI. La solidaridad italiana con el antifranquismo influyó notablemente en la posición hacia la España de Franco del gobierno de Roma que debía ser “especialmente cauteloso” (p. 172), tanto que el primer ministro de Asuntos Exteriores italianos que viajó a España fue el democristiano Arnaldo Forlani en mayo de 1977, una vez que el PCE fue legalizado y se habían convocado las primeras elecciones democráticas.

La que ofrece Javier Muñoz Soro es, en cierto sentido, una visión simétrica a la de Treglia, ya que analiza la respuesta que la embajada española en Italia dio al antifranquismo entre 1962 y 1976. A través de la consulta de la correspondencia de Alfredo Sánchez Bella —al frente de la embajada entre 1962 y 1969—, el autor reconstruye la estrategia dibujada por la diplomacia franquista que preveía tácticas de contrapropaganda y espionaje, presiones económicas, sobornos y ayudas financieras a los sectores neofascistas del Movimiento Social Italiano (MSI) y sus órganos de prensa (*Il Borghese*, *Il Secolo*). Sánchez Bella diseñó un plan de contrapropaganda que se mantuvo casi sin modificaciones hasta el primer gobierno Suárez: por un lado, la embajada funcionó como una especie de “agencia de noticias” que distribuía textos contando “la verdad” sobre la historia y la política española; por otro lado, intentó formar un “lobby político que abogara por la causa franquista en el parlamento y el gobierno, formado por diputados ‘misinos’, liberales

y democristianos” (p. 211) entre los cuales destacaba Giulio Andreotti.

La reconstrucción de las redes del neofascismo entre Italia y España en los años sesenta y setenta corre a cargo de Matteo Albanese. El autor explica como “no existieron vínculos demasiado estrechos, ni una sola estructura organizativa o política de la que emanaran unas directrices” (p. 219), sino que los distintos individuos, grupos o partidos del mundo neofascista de ambos países tejieron unas redes para colaborar y darse apoyo recíproco. Albanese pone de relieve el apoyo político y económico que el régimen franquista dio al MSI y la “benevolencia más explícita” (p. 223) que tuvo con los sectores neofascistas y neonazis (CEDADE, Jeune Europe, Ordine Nuovo, etc.) a partir de 1968. Fue a partir de aquel año que este “*network* neofascista” (p. 224) actuó en los dos países siguiendo dos ejes principales: “el intento de derribamiento de las instituciones democráticas en Italia” a través de la llamada “estrategia de la tensión” (atentados de Piazza Fontana y Piazza della Loggia, intento de golpe de Junio Valerio Borghese, etc.) y “la defensa a ultranza del franquismo en España” (p. 226), que comportó, entre otras cosas, la presencia de militantes neofascistas italianos en los hechos de Montejurra de 1976.

Finalmente, Abdón Mateos y Luca Costantini analizan las relaciones históricas entre los socialistas de las dos penínsulas mediterráneas hasta los años Ochenta y el apoyo que el entonces presidente del Gobierno italiano, el líder socialista Bettino Craxi, dio a la adhesión de España en la CEE. Los dos autores muestran como estas relaciones, históricamente débiles, se reanudaron a partir de mediados de los años Sesenta —los protagonistas fueron Elías Díaz, Enrique Tierno Galván y los socialdemócratas italianos de Saragat—, pero fue

sólo a principios de la década siguiente cuando el PSOE renovado recuperó el contacto con el PSI. El partido de Nenni, gracias al enlace de Nerio Nesi, considerado “el verdadero embajador para España de los socialistas italianos” (p. 247), ayudó a los socialistas españoles con diversos fondos al menos hasta 1976. Sin embargo, fue sobre todo a nivel ideológico que hubo relaciones entre los dos partidos, especialmente a partir de la renovación del PSI llevada a cabo por Craxi a finales de los años Setenta: las posiciones de intelectuales como Norberto Bobbio y Luciano Pellicani influyeron mucho en el viraje reformista del PSOE y en el concepto de reformismo radical que González llevó a las elecciones de 1982. Mucho menor, en cambio, fue la presencia de los políticos e intelectuales socialistas españoles en los medios del PSI.

Patria, pan... amore e fantasia es, para concluir, un volumen extremadamente útil que, además de presentar una visión panorámica de las relaciones entre España e Italia en la segunda posguerra bajo un enfoque comparado y transnacional, ofrece muchas sugerencias en los campos de la historia política, cultural, social y diplomática que, esperamos, puedan ser aún más desarrollados en los próximos años.

Steven Forti

*Instituto de Història Contemporànea –
Universidade Nova de Lisboa / Universitat
Autònoma de Barcelona*

David Jorge, *Inseguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, la Guerra de España y el fin de la paz mundial*. Valencia, Tirant Humanidades, 2016, pp. 783 pp.

El libro que nos ocupa estudia las gestiones republicanas en la Sociedad de Naciones durante la Guerra Civil española. La

elección del tema es un acierto porque la SDN fue la única institución en la que el gobierno republicano tuvo representación legítima y, sobre todo, indiscutida; además de ser el único foro multilateral de entonces, con las posibilidades que ello proporcionaba como ámbito de negociación política y propaganda. La historiografía sobre Guerra Civil no había prestado mucha atención a la institución, considerada de segundo orden en comparación con el papel que tuvieron las relaciones bilaterales con las grandes potencias o el Comité de No Intervención. Siendo esta última objeción cierta, repasar la actividad del gobierno republicano en la SDN consigue trasladar al lector al clima internacional del momento. Permite captar la deriva incontenible hacia la guerra por la impudicia belicista de las potencias del futuro. Ejemplifica la permisividad temerosa de las democracias. Además, contribuye a dilucidar cuál pudo ser la capacidad de maniobra de los gobiernos republicanos y a reconstruir sus esfuerzos diplomáticos y sus problemas políticos y de imagen.

Siempre supimos que la República no había tenido suerte con el contexto internacional desde julio de 1936. La guerra civil comenzó justo cuando, un mes antes, el levantamiento de las sanciones a Italia, como cierre en falso de la crisis de Abisinia, había dejado en evidencia que los mecanismos de seguridad colectiva establecidos con la Sociedad de Naciones no funcionaban. Los miembros más poderosos de la institución no tenían voluntad de plantar cara a las potencias revisionistas por miedo a la guerra. Al optar los grandes Estados democráticos por la llamada política de apaciguamiento, dejaron a los pequeños abandonados a su suerte. Ya se habían dado cuenta de ello en 1935-1936 algunos líderes republicanos españoles, entre ellos Sal-